

**LA IZQUIERDA Y EL ESCENARIO POLÍTICO EN
COLOMBIA: EL CASO DE LA PARTICIPACIÓN
POLÍTICA DE LA UNIÓN PATRIÓTICA (UP)
1984-1986
Aspectos Preliminares sobre una Investigación**

RODRIGO SANTOFIMIO ORTIZ*

Recibido: 17 de julio de 2007
Aprobado: 2 de agosto de 2007

Artículo de investigación

“Posiblemente no esté de acuerdo con lo que tú digas,
pero defenderé hasta la muerte tu derecho a decirlo”
Voltaire

* Profesor de la Universidad de Caldas (Manizales), adscrito al Departamento de Antropología y Sociología.

Resumen

Este Informe de Investigación muestra el análisis de la participación de la izquierda, especialmente el caso de la Unión Patriótica (UP), en el escenario político colombiano para las elecciones de 1984- 1986. El interés para el análisis de un partido de izquierda tiene que ver con el origen de la UP, como resultado de los Acuerdos de Paz entre el gobierno del Belisario Betancur y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). El cese al fuego que preveía el Acuerdo permitiría la conformación de un partido y, seguidamente, su participación en la contienda política. Pero lo confuso del Acuerdo, en especial la dejación de armas por parte del grupo armado rebelde, está en que los detractores del Acuerdo de Paz, la Iglesia, los Partidos Liberal y Conservador, los gremios económicos y el Ejército, descalificaron cualquier pretensión de la UP para participar en el escenario político, precipitando, así mismo, señalamientos incendiarios y condenas desde la prensa escrita, sobre el supuesto proselitismo armado de este partido, lo que generaría un ambiente crispado y enrarecido como preámbulo al inicio de la sistemática eliminación física –exterminio- de este nuevo partido político de izquierda. El Informe muestra, finalmente, la imbricación de esta coyuntura conflictiva en la etapa final de la Guerra Fría, el papel de la Sociedad Civil, los aspectos metodológicos de la investigación y unas conclusiones de los resultados obtenidos.

Palabras clave: Unión Patriótica, participación política, sociedad civil, medios masivos de comunicación, Guerra Fría, cultura política, acuerdos de paz.

THE LEFT-WING AND THE POLITICAL SCENARIO IN COLOMBIA. THE POLITICAL PARTICIPATION CASE OF THE UNIÓN PATRIÓTICA (UP) 1984-1986

Abstract

This research report shows the analysis of the participation of the left-wing, especially the case of the Unión Patriótica (UP), in the Colombian political scene for the 1984-1986 elections. The interest for the analysis of a left-wing party refers to the origin of the Unión Patriótica as a result of the Peace Agreements between the government of Belisario Betancur and the Revolutionary Armed Forces of Colombia (FARC). The ceasefire –cessation of hostilities- foreseen by the Agreements permitted the organization of this party, and continuously, its participation in the politic race. However, the confusing character of the Agreements, especially the maintenance of the possession

of arms by the armed rebel group, lies on the fact that the detractors of the Peace Agreements, such as the Church, the Liberal and Conservative Political Parties, the economic guilds, and the Army, discredited any plan of the Unión Patriótica to participate in the political scenario, precipitating incendiary accusations and sentences by means of the press, on the supposition of the armed proselytism of the Unión Patriótica, which would create a tense and rarefied atmosphere as a preamble to the systematic physical elimination –extermination– of this new left-wing political party. This Report shows, finally, the imbrications of this conflictive current affair with the final phase of the Cold War, the role of Civil Society, the methodological aspects of the research and some conclusions of the results obtained.

Key words: Unión Patriótica, political participation, civil society, mass media, Cold War, political culture, peace agreements.

Introducción

Guerra Fría y geopolítica

Parte de la literatura sobre la Guerra Fría la define como: “Las superpotencias nunca tuvieron un conflicto directo, en parte por miedo a una guerra nuclear. En su lugar ha habido un conflicto de ideologías entre el Capitalismo Occidental y el Comunismo del Este, agravado por lo que cada bando interpretaba como el deseo del otro de dominar la economía y la política mundial” (Enciclopedia Temática Guinness, 1995: 450-451)¹.

Esta definición debiera bastar para sugerir que las dos superpotencias, EUA y la Unión Soviética, se entrabaron en una confrontación no directa, sino elusiva, es decir, a través de terceros países. Y lo que va a probar la historia de las Relaciones Internacionales es la estructuración de un mundo a partir de dos bloques hegemónicos, a los cuales se pliegan por inercia ideológica, política, económica u oportunistamente el resto de los países en la periferia.

No obstante, en ese entramado de las Relaciones Internacionales se suele esconder, más que evidenciar los diversos estratos o capas que recubren la bipolaridad, ese eje impulsor e interpretativo del contexto de la Guerra Fría.

A esos diversos estratos o capas que recubren la bipolaridad nos referiremos para decir que en el *sens et la puissance* que cubría la confrontación Este/Oeste, más concretamente el Capitalismo vs. Comunismo, traslapa serie de eventos

¹ Véase también Walton (1971: 10-11); para fechas y eventos importantes durante la Guerra Fría, (167- 177).

que mantenían latentes, estaban ahí, no obstante, la exclusividad del análisis alrededor del lo ideológico no permitía expresar o aceptar.

La configuración de una geopolítica mundial, jalonada eso sí por el elemento de la confrontación ideológica, nos permite deducir, por otro lado, regiones del mundo en donde el contexto de la Guerra Fría reconstituyó o construyó a imagen y semejanza. Ahora bien, las características y las esencias históricas de esas regiones estructuraron de cara a la Guerra Fría sus propias respuestas, en suma, la Guerra Fría observada desde la Geopolítica permite suponer un proceso que iba del centro a la periferia, y otro que respondía de la periferia al centro.

Por último, la Guerra Fría observada desde la geopolítica permite construir referencias o imágenes a procesos regionales tan distintos como endógenos, los cuales intentaremos esquematizar así:

1. La asunción pragmática y provechosa de la Guerra Fría para ciertos países, Japón, los Tigres Asiáticos (Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur) y China, lo que se tradujo en un despegue económico del aparato productivo y de respuesta tecnológica. El primero en hacer el despegue económico fue Japón, con gestión administrativa y soporte de mercado en los EUA, lo que unido a su disciplina autoritaria produjo tecnología de punta. El Japón en su condición de derrotado en la II Guerra Mundial no podía producir armamento militar, aunque la tecnología que creaba serviría a los propósitos armamentistas en los que estaba empeñado los EUA en el clímax de la Guerra Fría, período contención.

Al despegue económico y tecnológico del Japón sobrevino inercialmente el de los países denominados Tigres Asiáticos, en la década siguiente². Dado el empeño tecnológico del Japón hacia los EUA, los llamados Tigres Asiáticos fueron empujados al crecimiento económico, aunque en un nivel tecnológico menor que el de Japón. A la versión pragmática y económica de los países de la región del Asia y del Pacífico se uniría finalmente China, a finales de los años setenta. En China entran a interactuar las fuerzas e iniciativas del mercado, conformándose *regiones económicas* que se sustraen a la autoridad minuciosa de una burocracia rígidamente centralizada. China no tendría problemas para cerrarse más políticamente en la nomenclatura octogenaria de Pekín³, para abrirse a las tentaciones

² Laidi Zaki (1993) "Penser L'Après Guerre Fraide", Paris, pp. 158. Sobre los Tigres Asiáticos, véase: Lee Kim (1992: 177-181).

³ Laidi Zaki (1993 : 34- 35).

del capital. La famosa expresión de Deng Xiao Pin, “*No importa el color del gato, mientras cace ratones*”, traduce el cambio de perspectiva en China, proceso que Z. Laidi ha denominado *de relachament de la China*, en un mundo jalonado por la bipolaridad convergente, hermética en principios hegemónicos.

2. Otras regiones del mundo, por su parte, expresan frente y en el contexto de la Guerra Fría, relaciones políticas, es decir, asumiendo la confrontación hegemónica del centro a la periferia, para reconstruir poder político, entendiendo éste como la capacidad de interlocución o de diálogo cuando menos y, cuando más, de cuestionar decisiones de los centros de poder.

Esta será la situación de Europa central (Inglaterra, Francia y Alemania, principalmente), donde algunos países accedieron a las armas nucleares reclamando protagonismos por encima de la barrera hegemónica. Fue el caso de Francia que incluso llega a cuestionar la prepotencia norteamericana por su imposición del *patrón dólar* en los intercambios financieros. Pero el más importante gesto político de este período hermético e ideológico, fue la idea en su prolongación de una Comunidad Económica Europea, para integrar mercados, capitales, monedas y agentes sociales en un propósito de canalizar fortalezas políticas y regionales.

La otra arista de expresión política la hemos localizado alrededor de los países árabes con inmensas riquezas petrolíferas, lo que rápidamente los coloca con importancia relativa en el Orden Mundial bipolar. La Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) (1960) llega a preocupar a las dos superpotencias, más a EUA que a la Unión Soviética, y precipita para esta región un incalculable valor estratégico. De *defensor de la libertad*, preocupaba a los EUA el nivel de incidencia que pudiera tener la Unión Soviética en la región del Medio Oriente. Esa presión hegemónica sobre el área convoca en algunos países los temas y las banderas del nacionalismo, lo mismo que el Movimiento de los No-Alineados (Belgrado, 1961), un movimiento dedicado a los principios de neutralidad en la Guerra Fría, a la coexistencia pacífica y a la autodeterminación de los pueblos. Las particularidades culturales e históricas de sus miembros y, aún las relaciones comerciales que establecen con las superpotencias, presentan al Movimiento de los No-Alineados escaso de respuestas políticas sustanciales al esquema cerrado de la bipolaridad. No obstante, dicho movimiento servirá de referencia inequívoca al desequilibrio Norte-Sur en un orden económico que se pretendía esconder bajo el ropaje ideológico.

3. Finalmente, se enuncian unas regiones en donde las condiciones económicas y la situación histórica las muestra proclives a responder ideológicamente al contexto de la Guerra Fría. Esos van a ser los casos de América Latina y de África. Identificadas estas dos regiones con una historia de colonización algo parecida, aquí la Guerra Fría reviste la enunciación y respuesta ideológica más sustancial emotiva. En la situación Africana, por ejemplo, la respuesta de enunciación discursiva de la Guerra Fría, en su etapa de *contención*, se expresa en los *movimientos de Liberación Nacional*, o más concretamente de descolonización. Si se quiere, de las consecuencias de la II Guerra Mundial (1939- 1945), y del horizonte ideológico y perceptivo que dispone la Guerra Fría, se prepara igualmente la disposición conflictiva para algunas regiones: Egipto, Ghana, Guinea, Kenia y Mozambique. Agotada la II Guerra Mundial, se da un impulso al crecimiento del *sentimiento nacionalista*, no obstante, esos sentimientos estarán jalonados en un contexto de prefiguraciones ideológicas, donde cobrarán *sentido* la Guerra Fría. África y, seguidamente, el Sudeste asiático (Birmania, Vietnam, Laos y Camboya) confluyen hacia un tipo de respuesta a lo pertinente de la Guerra Fría, más en el ámbito de lo que llamaremos ideológico, que en el de lo pragmático o político. Explican este tipo de respuestas diversos elementos: el colonización histórica, la dependencia económica y productiva, y la segmentación de su composición cultural y étnica. La Guerra Fría para estas regiones no es la resultante a su respuesta ideológica, sino la búsqueda de un re-acomodamiento frente a su propia historia, en un Orden Mundial que incitaba a esos propósitos, a través de los discursos acerca de la *libertad* –desde los EUA- o la *autodeterminación de los pueblos* –desde la Unión Soviética. Mientras tanto, para los actores principales y hegemónicos de ese Orden Mundial, del centro o de las superpotencias, en esos países o regiones poco o nada importaba su historia y su destino, importaba eso sí su posición geoestratégica y su nivel de lealtad con una u otra superpotencia⁴.

En esa misma actitud o respuesta ideológica se ubica la suerte de América Latina de cara a la Guerra Fría. Formaciones sociales complejas, es decir, una América Latina con un pasado de colonización, segmentada en lo cultural y étnico, y fragmentada alrededor de grupos sociales –élites inclusivas- del poder político. En el caso de los países del sur del continente, del *cono sur*, estos se suman a una profunda crisis institucional, de la cual sacan mejor provecho las estructuras militares, Chile, Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay,

⁴ Para una visión del comportamiento ideológico de las dos superpotencias, EUA y la Unión Soviética, en el contexto de la Guerra Fría, véase Chomsky (1992: 21-98).

amparadas en la *Doctrina de la Seguridad Nacional*, que la proveía EUA. El golpe militar (1973) y la dictadura de Augusto Pinochet en Chile fueron la expresión emblemática de lo ideológico que produjo para América Latina la Guerra Fría. Del otro lado de los Andes y en Centro América, la Guerra Fría se encarnó en los conflictos insurreccionales de países como Colombia, Venezuela, Bolivia, Guatemala, Nicaragua, El Salvador e incluso Ecuador.

Ahora bien, la Guerra Fría no explica mecánicamente las respectivas formas insurreccionales que adoptaron los movimientos sociales en pos de un reconocimiento político, social o cultural. Sin embargo, sin la Guerra Fría de fondo y contexto, tampoco es posible percibir y entender las diversas como interactuantes relaciones discursivas e imaginarias que establecieron grupos, agentes sociales, instituciones –gobiernos, Ejércitos, la Iglesia-, élites, grupos de presión –gremios económicos- o la sociedad civil, con referencia a las dos superpotencias.

La Guerra Fría sirvió en América Latina para la configuración de una realidad geopolítica y geoestratégica de enorme interés a los EUA⁵, mejor dicho, *su patio trasero*. Pero América Latina no sólo reconstruyó en ese período *sentido* para otros, también la Guerra Fría en América Latina, y específicamente en Colombia, a través de la enunciación del conflicto insurreccional, su dinámica y las diversas soluciones que se le ofrecen, permitió adentrarse en la búsqueda de su *propio sentido* y constatar qué tan lejos se estaba de él, constatar, finalmente, sus falencias y, por sobre todo, la escasa sedimentación identitaria que acompaña a la región.

De la Guerra Fría y el conflicto en Colombia

Hubo un período en la historia de Colombia en el que se tendía a explicar el conflicto de la subversión o *levantamiento insurreccional local*, según la caracterización de Jean Savoye (1996), con base en el rigor y los efectos de la Guerra Fría. En ese período no era fortuita la existencia de unas redes ideológicas y enunciativas –discurso– altamente sensitivas que interactuaban hacia o de cara a las superpotencias, EUA o la Unión Soviética. Si se lo desea, fue una forma de integración socio-espacial y mental –imaginarios– del país que más allá de eso explica, en parte, el rumbo de las relaciones en ese momento. Sin embargo, la Guerra Fría como excusa descriptiva y argumentativa no sólo les

⁵ Etzioni (1973: 48- 49).

daba *sentido* a la realidad de la subversión y a las Relaciones Internacionales y de geopolítica, sino que logró ahondar en el imaginario colectivo e individual. Por tanto, la Guerra Fría fue para muchos una forma de enfoque perceptivo para observar la *fenomenología internacional*, el rumbo del mundo, su acontecer; ahora bien, no hablamos del sentido común o agentes sociales únicamente, pues ese enfoque perceptivo discurrirá desde el Estado –alto gobierno–, la clase política, las instituciones, la Iglesia, el Ejército –esa institución tan cara a la historia del país–, los gremios económicos, las organizaciones de base y, obviamente desde uno de los actores del conflicto, el movimiento insurgente. En suma, la Guerra Fría permea la sociedad colombiana, de forma tal que cuajó de una fragmentación y en una segmentación capaz de traducir distancias perceptivas y comportamientos, eso sí, en función del nivel y el grado de adscripción de los actores en la formación social.

Más con ánimo polémico que de pontificar, se podría argüir la tesis de que la Guerra Fría a más de que insertaba el conflicto colombiano en una revelación de lo externo al país, por otro lado, desdoblada las adscripciones históricas Liberal/Conservador en percepciones Derecha/Izquierda. No es que la Guerra Fría haya creado la nomenclatura Derecha/Izquierda, simplemente la llenó de contenido, la hizo operante; en ese contexto, entonces, la Guerra Fría les da *sentido* a los conceptos Derecha/Izquierda, que llegan incluso a estar por encima de *ser liberal, conservador* u otra adscripción político-partidista. Por tanto, los partidos van a ser la esfera de la metafísica, es decir, no dicen nada al sentido común, a los actores sociales, a las instituciones –tanto en la Iglesia como en el Ejército es donde se percibirá con insistencia esta nueva situación. Así los partidos políticos carecen de respuestas oportunas y aparecen alejados de toda sensación o pertinencia. No así la nomenclatura de adscripción Derecha/Izquierda, la cual proporciona sentido a la realidad, la interpreta, y llega a explicar tanto lo interno como lo externo que acontece en el país. La nomenclatura Derecha/Izquierda llegó a ser una especie de metafísica que, identificando opciones, parecía confirmarlas. Los agentes sociales, las instituciones, los partidos, se acercaban a la realidad y la hacían suya, satanizando o vanagloriando en uno u otro extremo de la nomenclatura. Al igual que los partidos, la nomenclatura no admite matices, es inequívoca hasta en sus puntos límite, y facilita en el adscrito cierto nivel de seguridad y certeza. Al no admitir matices o absorberlos en el todo, la nomenclatura lo abraza todo o lo excluye todo; puntos intermedios, dudosos o razonables no existen. La nomenclatura Derecha/Izquierda es como un mapa-guía para lugares comunes o prefigurados. Un mapa-guía no para iniciados sino para conversos, convenidos. La nomenclatura conlleva respuestas, no busca inquietudes.

Lo curioso de esta nueva forma de adscripción, traducida en el ámbito de la nomenclatura o formato Derecha/Izquierda, fue su despliegue en Colombia, pues cobraba vitalidad a medida que la Guerra Fría parecía desvanecerse, perder importancia para explicar las Relaciones Internacionales y la geopolítica. Mientras las superpotencias se retraían en sus inclinaciones al dominio geoestratégico del mundo y se adentraban en una etapa de coexistencia pacífica, sin perdedores ni ganadores, Colombia por su parte vivía su propia Guerra Fría, la cual se hizo patética y creíble en la nomenclatura Derecha/Izquierda. Ello fue así pues aconteció que por primera vez un gobierno le daba el carácter político a la subversión a través de una disposición para dialogar con ella. La fórmula de diálogo de la Administración Betancur (1982 - 1986), con la subversión o movimiento guerrillero, significaba en el plano externo acatar la inercia y los rigores ideológicos de la Guerra Fría; lectura en que el presidente Betancur creía ver en la subversión la expresión de las *condiciones subjetivas*. Y en el plano interno, conceptuar acerca de que la subversión también existía por ser la enunciación discursiva y de rebeldía de una situación socio-económica y política escandalosamente desigual, respecto a la distribución desigual del ingreso, la miseria o pobreza absoluta, bajísima cobertura en salud, educación, alto desempleo, desequilibrios entre la vida del campo y la ciudad; así la subversión, igualmente, debía interpretarse como producto de esas *condiciones objetivas*, concretas.

La fórmula interpretativa que explica a la subversión o movimiento guerrillero, de acuerdo con las *condiciones subjetivas y objetivas*, parecía sencilla y hasta elemental racionalmente, de hecho inspiraría la dinámica del Proceso de Paz de la Administración Betancur; no obstante, esa misma fórmula puesta ya en escena permitió desvelar, para la sociedad colombiana, su fragmentación y segmentación en intereses y disposiciones de acción de todos y cada uno, tanto de agentes sociales como de las instituciones, sean partidos políticos, la Iglesia, el Ejército, los gremios económicos, los medios de comunicación –*mass media*–, esto es, la prensa escrita, las diversas instancias del Estado y, por supuesto, de la subversión. De forma sencilla, diríamos que la fórmula interpretativa que hizo metástasis en el tejido social se hundió para descubrir o acentuar formas perversas y primitivas de la política, así como se hundió el nivel de confrontación de cada actor o institución, con el fin de imponer o salvar sus prejuicios o valores de cara a aquel o aquellos considerados enemigos.

Así, los gremios económicos, principalmente del campo –agroindustriales–, hicieron de la enunciación del Estado acerca de que la subversión existía debido en parte a los desequilibrios socio-económicos y políticos, una especie de sentencia institucional con la que supuestamente se entraba a justificar la lucha armada en la subversión. Sin embargo, fueron más incisivos en expresar que además de estarse justificando la subversión, ésta traducía en

el entorno nacional los intereses de un comunismo internacional. Los nuevos latifundistas traslapados en la economía del narcotráfico rápidamente asumieron la conducta de sus antecesores y, en esas condiciones y con cierta carga de inseguridad por las particularidades de sus actividades, optaron por armar sus propios ejércitos y disponerlos contra aquellos que les producían desconfianza, temor, la subversión o su expresión formal, es decir la Izquierda, o para ese período, la Unión Patriótica (UP).

Aquí, la nomenclatura Derecha/Izquierda, como se observa, más que una recurrencia del discurso y del imaginario, lentamente integraba a los actores sociales para describir e interpretar el mundo y sus realidades. Otro tanto acontecía en las huestes del Ejército, *guardián solemne e irrestricto del interés nacional*, al percibirse incómodo y, por qué no, traicionado frente al rumbo que tomaba el Proceso de Paz y su derivación en los Acuerdos de La Uribe (marzo 28, 1984), que parecía confirmarles legalmente la existencia del enemigo interno y por qué *el cese al fuego o tregua*, fórmula más jurídica que práctica, funcionaría en desmedro de sus capacidades institucionales frente a la opinión pública y frente a la subversión. Incapaces de soportar todo el peso de la responsabilidad que le imponía la clase política, el Ejército desdobra su acción en la percepción e inquietudes de los gremios económicos y reduce la defensa del interés nacional o del orden democrático a la simple visión de los propósitos e intereses de dichos gremios, que de paso le impedía una cobertura y un impacto social legitimador más amplio. Así pues, en la percepción de la Izquierda, el Ejército, al igual que los gremios, va a expresar con rigor el *campo ideológico de la Derecha*, es decir, apego al ordenamiento jurídico por encima de cualquier experimento, de la legitimidad con base sólo en los cálculos electorales y la veneración de la democracia como un fin último del orden social.

Pero la Derecha también hacía de su propia lectura el campo ideológico de la Izquierda, para integrar sin dificultad tanto elementos como la *lucha de clases del comunismo internacional*, la deslegitimación del Estado y de sus instituciones –incluyendo aquí al Ejército y el principio de la propiedad privada–, como a las fuerzas que jalonaban o expresaban dichas ideas, esto es, a los sindicatos, la educación oficial, los partidos anti-sistema y la subversión, principal impulsor de esa situación caótica o de enfrentamiento. Asimismo, según la Derecha, la subversión, hoy más que ayer, aparecía como la expresión del todo y las partes, y el todo y las partes como expresión de la subversión.

Desde la Iglesia, por su parte, su jerarquía hizo del discurso oficial o del Estado –en este caso, la administración Betancur–, a propósito de la subversión y de la Guerra Fría, como expresión de lo interno –*condiciones objetivas*– y de lo externo –*condiciones subjetivas*–, una forma decantada o tipo de respuesta

para subsistir en el sistema, toda vez que la existencia del mismo, la cual veía peligrar, implicaba su propia existencia. Por tanto, más alérgica a los discursos del *comunismo internacional*, que tradujo de *materialismo sin espíritu* o de *fórmulas y experiencias foráneas que concluyen en conocida y probada esclavitud*, la Iglesia le observaba en esos momentos a la Izquierda movimientos de ideologías extremas, capaces de inquietar e incidir en ciertos ámbitos tradicionales de influencia, lo que necesariamente encausa a la Iglesia, sin inconvenientes, para abrazar los ideales y prejuicios de los gremios y del Ejército. La Iglesia, entonces, cerraría filas alrededor de los gremios económicos, porque se sentía vulnerable discursivamente y porque empañada en una actitud de satanización al comunismo internacional –casi en los términos del presidente R. Reagan para la época–, evitaba su extensión o propagación (Ossipow, 1979: 63-68).

De otro lado, los medios de comunicación o *mass-media*, principalmente prensa y televisión, hicieron de la fórmula condiciones objetivas/condiciones subjetivas, planteadas por el presidente Betancur para superar el conflicto armado, una lectura anclada en la visión de los gremios económicos, del Ejército y de la Iglesia. En efecto, tempranamente al Proceso de Paz, con el cual se acercaba el gobierno a la subversión, discurrieron los conceptos de *bandidos*, *delincuentes comunes*, incluso el de *asesinos*, en la prensa conservadora como El Siglo y El Tiempo y en los noticieros de televisión. Conceptos que a más de empañar la realidad del momento, implicaban el sometimiento a una visión corta del mundo y de la realidad que vivía el país. Así, pues, la subversión, a la cual el gobierno le daba estatus de actor en conflicto, se evapora a través de la imagen mass-mediática, dando paso a un ser mítico, fantástico, cuando no perturbando el *sagrado orden social*. Esa imagen, además, se traslada sin problemas al universo de lo que denote el concepto Izquierda. Si algún día esas imágenes propias del realismo mágico se trastocaron en imágenes objetivas y reales, no fue por la insistencia y la depuración ética de los mass-media, sino por la fuerza y el impacto de los acontecimientos.

Por último, la subversión hace su aparición de cara a la fórmula discursiva del presidente Betancur, sin medir las consecuencias, es decir, desconociendo o sobredimensionando el entorno social donde pretendía insertar sus propósitos. En parte esa actitud, producto de un arraigo mental, de origen más exógeno que endógeno y, en parte, por una praxis política que redujo el accionar militar, es la expresión política de otros sectores sociales. En efecto, la subversión, concretamente las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), a partir de su protagonismo e impacto de cara al Proceso de Paz, sustrajo a su lógica militar todo el posible potencial de otros actores sociales, haciendo de su discurso un valor absoluto y restándole importancia a la participación social, política y reivindicativa de los otros. La resultante

fue el *constructo* de imágenes y de concepciones en donde la Izquierda era la subversión y, a su vez, ésta era la Izquierda. Lo curioso de este *constructo* de imágenes e interpretaciones, decantado y generalizado socialmente, fue que encantaría a la Izquierda, y llegó a utilizarse para asustar y arrinconar a la Derecha; pero, ¿qué se obtuvo?... La eliminación física de la Unión Patriótica (UP), de sindicalistas, estudiantes, intelectuales, académicos, campesinos y líderes de organizaciones sociales.

En resumen, ese contexto de la Guerra Fría en Colombia, donde confluye la invitación a dialogar que hizo el presidente Betancur a la subversión sobre la base de interpretar el conflicto a partir de condiciones objetivas y subjetivas que vivía Colombia, arrastró consigo una crispación y polarización del espacio nacional con base en campos ideológicos Derecha/Izquierda, los cuales ponen a conversar, mejor dicho a enfrentar, las intenciones y los intereses de instituciones, sectores sociales y agentes sociales en un ambiente que va más allá de ser liberal, conservador o comunista, ambiente que significó, así mismo, niveles identitarios y de adscripción significativamente distintos y complejos. Era también un ambiente para la política, es cierto, pero la política por otros medios.

De la sociedad civil

Sustraídos los efectos de la Guerra Fría en sus interacciones con los conflictos insurreccionales en algunos países de América Latina, y específicamente en Colombia, se invoca poner a conversar el conflicto de cara a otras variables. Roto el espejo del ensimismamiento narcisista externo, quedaba del conflicto un cierto desamparo ideológico y discursivo para sustentar. No obstante, quedaba en el ambiente, más que invocaciones nostálgicas, la certeza de que en parte el conflicto armado en Colombia obedece a sinergias o correlación de funciones donde concurren la cultura, el sistema político, las instituciones –el Ejército, los gremios económicos, la Iglesia, los mass-media, incluso la *economía política del narcotráfico*–, en suma, las características y la complejidad del sistema social en su conjunto. Dicho de otro modo, despejado el horizonte externo que parecía reflejar elementos causales sobre el conflicto en Colombia, se develó igualmente que las *condiciones objetivas y subjetivas* a que referían la fórmula del presidente Betancur al momento de iniciar su Proceso de Paz, significaban no solamente interpretar el conflicto armado a partir del marginamiento socio-económico y político, sino también la respuesta en la interpretación de ese conflicto desde la estructura social, de sus agentes sociales, es decir, desde la *sociedad civil*⁶.

⁶ La idea de Sociedad Civil se relaciona con la esfera de las relaciones entre individuos, entre grupos y entre clases sociales que se desarrollan fuera de las relaciones del poder que caracterizan a las Instituciones estatales. La Sociedad Civil, según la fórmula

Que poco se haya atendido a esa cuestión, esto es, a la interacción causa-efecto y efecto-cause entre la *sociedad civil* y el conflicto, en parte obedecía a los rigores de la Guerra Fría y la forma como crispó y polarizó, incluso compartimentó, a sus miembros ideológica y discursivamente para que incidieran más allá de sus propios intereses y de reproducción. De la participación de la sociedad civil de cara al conflicto armado en Colombia, una analista de la época llegó a decir: “En lo tocante a la estrategia de Paz, es ineludible una presencia mucho más vigorosa de la sociedad civil en todo lo referente a la creación de un clima de confianza y de certidumbre sobre la autenticidad de los anhelos de paz, y sobre la necesidad de dejar atrás los recelos, las suspicacias, la desconfianza y el ánimo proveniente”⁷. No obstante, de la presencia mucho más vigorosa de la sociedad civil en torno al desarrollo de los diálogos del gobierno y la subversión –administración Betancur/FARC–, sabemos que no fue más allá de buenas intenciones, manifestaciones, banderitas, campañas masivas para dibujar la *paloma de la Paz*, entre otros gestos, que configuraban la escenografía que parecía decirnos únicamente que la sociedad civil tenía deseos, mas no razones para la Paz.

Ahora bien, es posible que: “La guerra no era un gran problema para el país en ese entonces, y por tanto la paz no era una urgencia. En 1984, ni el congreso, ni los Medios de Comunicación, ni la Iglesia, ni los empresarios estaban convencidos de la necesidad de la Paz. La guerra era una escaramuza en el campo colombiano. La insistencia para invocar a la sociedad civil frente al conflicto y la negociación no fuera más que en todo lo referente a la creación de un clima de confianza y de certidumbre sobre la autenticidad de los anhelos de paz”⁸. Pero, ¿acaso la insistencia a la sociedad civil de cara a un conflicto y de su solución no debería ir más allá de la creación de un clima de confianza y de certidumbre?

Puestas a contraluz del Acuerdo de La Uribe (marzo, 1984), las actuales negociaciones de la Administración Pastrana (1998 - 2002) con las FARC y posiblemente con el Ejército de Liberación Nacional (ELN), y de la convocatoria insistente que se hace a la *sociedad civil*, parece corresponderse casi al calco del formalismo con que urgía F. Cepeda Ulloa o de la aparente no necesidad con que la requería para la época John Agudelo Ríos. No obstante, se precisa aclarar dos asuntos atinentes: el papel que jugó la *sociedad civil* –si es que llegó a jugar alguno en el pasado– y el que puede llegar a jugar en este *tiempo de incertidumbre*. Siempre y cuando no nos refiramos a otro concepto totalizador destinado a negar el heterogéneo y desintegrado conjunto de voces que circula por las naciones (García Canclini, 1995: 29-30), puede afirmarse que la sociedad civil fue importante al rumbo que tomaron las negociaciones entre la Administración Betancur y las FARC.

de Weber, es el ámbito de las relaciones de poder de hecho y el Estado es la sede de las relaciones de poder legítimo. Para una evolución histórica y sintética del concepto de Sociedad Civil, desde Hobbes hasta Gramsci, véase Bobbio & Metteucci (1982: 1570-1576).

⁷ Fernando Cepeda Ulloa. (1984) “¿Hay una sociedad civil?”. En: *EL TIEMPO*, Bogotá, junio 18, p. 5A.

⁸ Editorial. (1998) “Del 84 al 98, muchas diferencias”. En: *EL TIEMPO*, Bogotá, julio 1998, p. 3A.

En efecto, fueron importantes las asociaciones económicas, tan múltiples como diversas, incluso algunos sectores de la Iglesia, de los medios de comunicación, es decir, actores sociales al margen del Estado o a distancia de éste, la sociedad no política, el poder de hecho y no el poder formal o legítimo del Estado. Este acontecimiento, sin embargo, no fue el de un clima de confianza y certidumbre, más concretamente, el papel de la sociedad civil de ese tiempo no fue suficiente y efectivo, de lo que no se infiere, primero, la no existencia de la sociedad civil, tal como habitualmente se define y, segundo, que su actuación implique efectos necesariamente provechosos. Cuando la sociedad civil no es provechosa frente al conflicto o en un proceso de Paz, ¿diremos que la sociedad civil no existe? ¿O que pierde su carácter de sociedad civil? Ni lo uno ni lo otro. La sociedad civil de ese tiempo fue la sociedad civil acorde al contexto internacional de la Guerra Fría, y acorde con las características y los resultados de dicho proceso. Fragmentada, compartimentada, crispada y polarizada, la enunciación discursiva de la sociedad civil se agotó en los límites de su propia existencia sin evolucionar hacia un *corpus identitario* más allá de sus intereses; diríamos, entonces, que la sociedad civil fue la expresión taxativa, sistemática, que buscando lealtades entre pares evitaba o se sustraía de decisiones que comprometieran sus propios intereses. Así, mientras el conjunto de la sociedad, las *mayorías silenciosas* a que alude J. Baudrillard, se desgastaba en la cotidianidad de su propia Paz, de su propio proceso, de su propio Acuerdo, es decir, la Paz para la educación, la salud, el empleo, en otro términos, la Paz para las oportunidades, del otro lado, en la cúspide de las instituciones, de los actores sociales, las organizaciones, los gremios económicos, el Acuerdo o el Proceso de Paz debía discurrir hacia un país de la estricta institucionalidad, del formalismo en el orden social, del estricto cumplimiento de norma y de la Constitución. Por tanto, el Acuerdo de Paz precipitó dos tipos de lecturas o, visto de otra forma, de-construyó a la sociedad civil, traduciendo sus propias carencias de cohesión. De un lado, arrastrando a la sociedad civil hacia una escenografía de la Paz, a través de los medios de comunicación, y que por iniciativa de la élite llegara a pintar palomas de la Paz, realizara marchas, esto es, el simple formato de la Paz, no su contenido. En ese instante resultaba más importante la enunciación de la Paz, la expresión simbólica, no el camino o el proceso para llegar a ella. Del otro extremo, el Acuerdo invocaría la respuesta desde la cúspide en aquellos sectores autoproclamados la élite, o como expresión de la sociedad civil: gremios, partidos políticos, la iglesia incluso, es decir, sectores capaces de incidir en la dirección y destino del proceso de Paz, así John A. Ríos exprese lo contrario. Incidieron en el Proceso, en el Acuerdo de Paz, porque esto determinaría sus alcances, sus propios alcances, y algo que suele olvidarse a menudo, extendieron a través del discurso y del imaginario para el conjunto de la sociedad, lo bueno y los malo del Acuerdo. Le expresaron a la sociedad, a la otra sociedad, el orden y lo correcto del Acuerdo de Paz. En este cruce

de caminos, se hallaba la actividad política y su enunciación discursiva. Con base en su historia –corta historia, por supuesto-, la resistencia que se operará a su alrededor y la discriminación y el rechazo socio-político que recibió, develan no solamente las fracturas de la sociedad en ese entonces, sino también el argumento o la explicación que daba *sentido* a esa situación fractal: *los Acuerdo de La Uribe y el Proceso de Paz de la administración Betancur*. Argumento suficiente para hacer de la sociedad una sociedad civil, excusa de desgarramiento, de extrañamiento para pensar y actuar casi siempre en lo que nos separa y poco en lo que nos une, la Nación. Otro asunto sería el papel que pueda jugar la sociedad civil de cara a las negociaciones iniciadas por la administración Pastrana con las FARC y el Ejército de Liberación Nacional (ELN).

Agotados el rigor y los efectos de la Guerra Fría, es evidente la disposición, hoy más que ayer, de las potencialidades de la sociedad civil en aras de reconducir el conflicto armando en Colombia hacia una solución política. Empero, reconducir el conflicto hacia una solución política desde la sociedad civil, implicaría dos escenarios posibles. De una parte, confrontar el conflicto para desgastarlo dialécticamente, es decir, razonablemente desde el ámbito de esa misma sociedad, pero no en exclusiva desde aquella sociedad civil de la cúspide, de las élites, esto es, de los gremios –bien sea del campo o de la ciudad-, de las asociaciones que las representan, de la jerarquía eclesiástica con sus temores, de los partidos políticos y sus ambiciones e intereses para perpetuar el bipartidismo, de los medios masivos de comunicación, preocupados sólo por lo que es noticia –*rating*–; también se trata, por otro lado, de que dicha sociedad civil sea la de las organizaciones de base, tan disímiles como numerosas, incluso, la sociedad civil de la vida privada, en las comunidades con sus discursos y sus imaginarios, así como la del ciudadano común. Este confrontar y sustraer el conflicto armado al interior de la sociedad civil y de la Nación –ahora sí con mayúscula–, implicaría una forma de mostrar las potencialidades y la capacidad del *ser social*, por encima del *ser político* –Estado–; implicaría, así mismo, una forma de inquietar al Estado en su debilidad y deficiencias que no reconoce, y a los actores armados en sus prepotencias que no disimulan, para develarlos en sus inclinaciones perversas.

El otro escenario tiene que ver con la dinámica y la metodología que afecte y haga real el confrontar y disponer el conflicto armado en la sociedad civil. En otras palabras, establecer puntos de referencia compatibles y de equilibrio del todo con las partes, y de éstas con el todo, es decir, vislumbrar los propósitos del todo o de la Nación –*país formal*–, actuantes, vitales a las partes del ciudadano, del hombre del común –*país real*–, de los grupos sociales anónimos y con renombre, en fin de todos aquellos que se digan *ser colombianos*. Así,

más que quedarnos en una historia para conjugar, logramos hacer de la vida y del presente en las partes, expectativas y realizaciones para avanzar.

Sobre el presente trabajo

El presente trabajo surgió con base en una idea, más que sencilla, extendida acerca de que la Unión Patriótica (UP) fue el producto y la intención inequívoca de la FARC y el Partido Comunista (PC), con el fin de agotar desde la legalidad en la política formal –participación en las corporaciones y cargos públicos–, y minar el sistema político. En efecto, según la idea en cuestión, la UP desde la legalidad, se pretendía, para desgastar la escasa legitimidad que acompaña el Estado, agudizar sus crisis de dominación y llevarlo a su agotamiento y liquidación. Se unirían al propósito de la UP, la capacidad militar de las FARC con asaltos, emboscadas, tomas de pueblos, así como la insistencia anti-sistema y contestataria del Partido Comunista con paros, huelgas generales, tomas de fábricas y tierras. En suma, la UP, las FARC y el PC aparecían, según dicha idea, a través de tres nombres distintos, pero una sola verdad: la revolución y la toma del poder. Este planteamiento, de aliento y tranquilidad para algunos, en otros, por el contrario, invitaba o sugeriría mostrar o demostrar inquietudes y limitaciones allí presentes⁹. Por tanto, una de las inquietudes tenía que ver, por ejemplo, con que si la UP cumplía un propósito previamente establecido, encarnando la razón absoluta a la manera de Hegel, parecía lógico y explicable su eliminación por los actores de la extrema Derecha y otros enemigos no fortuitos. Construidas las percepciones, las imágenes, así como los argumentos acerca de las intenciones reales de la Izquierda en el escenario político y el conjunto del sistema social, la ultra-Derecha, finalmente, catapultó todas sus energías para eliminar este movimiento político. No obstante, la idea acerca del para sí de la UP, no expone o no explica el porqué, consumada la eliminación física de la UP, y así mismo de importantes cuadros políticos del PC, ha continuado la eliminación física de dirigentes sindicales y de organizaciones de base, como defensores de Derechos Humanos, líderes de opinión, profesores y docentes universitarios, activistas de movimientos sexuales alternativos, de desplazados, entre otros muchos, sin que por ello se diga que pertenecían orgánicamente a la UP. ¿Se los ha eliminado o se los elimina porque fueron o son de la UP o del PC? ¿O porque fueron o son de las FARC? ¿O porque simple y llanamente expresaron o expresan una visión contestataria, anti-orden y nada convencional?

Al adentrarnos en un análisis y descripción del ser en sí y para sí de la UP, esto es, poniendo a interactuar a la UP en un fondo de la sociedad de su tiempo,

⁹ Los trabajos revisados sobre la UP fueron los de Ribon (1987), Arizala (1989), Dueñas Ruiz (1990), Buenaventura (1983), Vélez Rodríguez (1992) y Giraldo (1992).

particularmente en lo que hace referencia a los resultados confusos y alérgicos del Proceso de Paz, que hizo la administración Betancur con las FARC –el Cese al Fuego o tregua y la no desmovilización y dejación de las armas por parte de dicho movimiento guerrillero–, permite no sólo expresar el nivel de los discursos, de las percepciones y de los imaginarios, que expresan sectores de la Derecha a las intenciones de la UP como actor político, sino también cierta semántica que insiste en la homogeneización de las ideas y las conductas, la satanización y el desprecio de la diferencia y el sometimiento irrestricto de los problemas y los agentes sociales, al *orden jurídico y constitucional de la República*. Del otro extremo, sin embargo, logramos percibir y mostrar un panorama de la acción violenta –la del conflicto y la lucha armada– y de su justificación discursiva para cualquier reclamo o acción política y social; por encima de la acción violenta, diría la Izquierda, otros sonidos y otras voces carecen de sentido.



DIARIO DEL HUILA (Neiva), Marzo 13 1986, p. 2.
Fotografía: Johana A. Santofimio S.

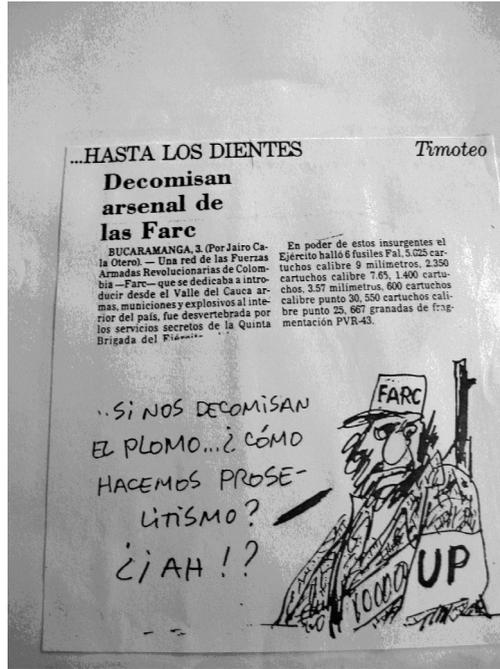
Cabe advertir que para los efectos de este trabajo, se insiste en la medida de lo posible en el uso de la nomenclatura Derecha/Izquierda y de su exploración a través de los discursos, las percepciones y los imaginarios, ya que tiene que ver con una herramienta metodológica y de análisis que permite cierto encuadre o coherencia explicativa entre los agentes sociales, las organizaciones e instituciones. Así mismo, conviene tener en cuenta la distinción entre

Derecha moderada y extrema e Izquierda moderada y extrema, toda vez que no son simples tendencias o particularidades que asumen los actores políticos o actores sociales en una formación social, sino que nos permitió evidenciar percepciones de imaginarios colectivos e individuales –de los agentes sociales o grupos sociales que encarnan esas tendencias–, acerca de la política y sus praxis, relaciones con los adversarios y sus sinergias prácticas o pragmáticas cotidianas. Recuérdense que en la forma extrema o ultra de la nomenclatura Derecha/Izquierda, sus actores asumen y expresan el nivel ideológico más alto, no sólo consigo mismo, sino de cara al otro, a los otros; es también el ámbito donde las ideas y las concepciones reclaman una imagen, un acto, una acción, cualquiera que ella sea¹⁰.

La otra inquietud que limita o no resuelve la tesis según la cual la UP *cumplía un propósito previamente establecido*, fue la escasa exploración acerca de la sociedad colombiana y el papel de las instituciones allí presentes. En efecto, dado que se parte del supuesto *perturbador o des-equilibrante* únicamente de la UP para la sociedad política e institucional de su tiempo, la tesis referida poco se atiene a mencionar el papel, la importancia que jugaron las instituciones, v. gr., los gremios económicos –a manera de grupos de presión–, la Iglesia, los partidos políticos –Liberal/Conservador–, el Ejército y los mass-media, la prensa escrita¹¹, específicamente a través de discursos y de sus opiniones. En esas descripciones sobre la UP, los sectores sociales en cuestión parecen cumplir una función aparentemente institucional, lógica o neutra, sin embargo, basta un acercamiento desprevenido sobre la prensa de ese tiempo, particularmente sobre los periódicos EL Siglo (Bogotá) y El Tiempo (Bogotá), incluso, el semanario Voz (Bogotá), para constatar y comprender cómo a través de titulares y discursos, la resonancia y el impacto que cobraba la UP para el momento, se tradujo en un significado al interior de esos sectores en términos de su propia sobre-vivencia, o más concretamente, de su propia vida o... de su propia muerte.

¹⁰ El concepto de Ideología, aunque se acerca al de Marx y la tradición clásica, principalmente en lo expresado en *La Ideología Alemana*, (1968) Ed. Pueblos Unidos, p. 26, también retoma la versión althusseriana de *Los Aparatos Ideológicos del Estado*, y más recientemente, las discusiones de O. Guariglia (1993: 107-135), G. Sartori (1998, Cap. 5:115-122), y en la actualidad, la compilación que trae Slavoj Žizek (2005), en particular, la Introducción: “*El Espectro de la Ideología*” y “*¿Cómo Inventó Marx el síntoma?*”, p. 7- 42 y 329- 370, respectivamente.

¹¹ Aunque se asume que igual papel debió cumplir la radio y la televisión, así como las revistas de gran tiraje, para este trabajo sólo se abordó el tratamiento de la prensa a partir de la orientación conceptual y analítica de Lorenzo Gomis (1991: 13-47).



EL SIGLO (Bogotá), Feb. 8, 1986, p. 4.
Fotografía: Johana A. Santofimio S.

De nuestra parte, ese ha sido el punto de mayor preocupación para insistir en un análisis y descripción que permitiera acercarnos a una especie de *forma mentis* o de mentalidad de la sociedad colombiana y sus instituciones –actores y grupos sociales. Por tanto, la UP ha sido la excusa y no la dirección para auscultar y delimitar la especificidad del entramado social, la estructura social y relacional, en donde se anclarían tanto el proyecto y las intenciones políticas de la UP como su propuesta política.

Ahora bien, percibir la fragmentación y la sedimentación de la sociedad colombiana alrededor de la nomenclatura Derecha/Izquierda, incluso mostrar la extensión dramática de esa nomenclatura, así como la incidencia, la importancia y el papel jugado por los actores sociales, grupos sociales e instituciones, todo ello en una perspectiva de las percepciones y de los imaginarios¹² de cara a la participación política de la UP, se ha logrado

¹² “Lo imaginario habla de los lugares de producción de sentido de lo político; lo imaginario refiere los códigos de enunciación del discurso que resultan de la imbricación de los sentidos puestos en juego en la reconstrucción discursiva, esto es, los diversos sentidos derivados de las series, en sus nexos y sus implicaciones, permiten establecer las matrices del discurso; en ningún caso dichos códigos imaginarios se pretenden a las manera de abstracciones universales, por el contrario, lo imaginario no es otra cosa que una sedimentación simbólica de la experiencia colectiva: se teje en la trayectoria que desarrollan los grupos sociales en el proceso de construir sus contextos de existencia” (Perea, 1996: 27). Para una perspectiva más analítica e historiográfica del concepto, véase Juan Camilo Escobar (2000: 17- 45).

a través de la siguiente hipótesis: *Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP), luego de los compromisos de Cese al Fuego (Tregua), mayo de 1984, sus militantes y sectores de la Izquierda, principalmente el Partido Comunista (PC), conformarían la Unión Patriótica (UP), pero, en su búsqueda de cierto nivel de legitimidad e institucionalidad a sus propósitos y para evitar los embates del militarismo y de sectores de la ultra-Derecha, la Unión Patriótica (UP) insistiría en alianzas y acuerdos con algunos movimientos políticos para participar en la elecciones de marzo de 1986. Sin embargo, el Partido Liberal, el Partido Conservador, el Nuevo Liberalismo, la Iglesia y otros sectores de la Derecha, cuestionarían y condenarían insistente y sistemáticamente las alianzas y los acuerdos que la Unión Patriótica (UP) cristalizara con grupos y movimientos políticos, por considerar que a través de esta táctica, la Unión Patriótica (UP), buscaba socavar el orden democrático y agotar el sistema en su conjunto. Pero, el cuestionamiento y condena a la Unión Patriótica (UP), unidos a las ambigüedades y antinomias de su discurso político, lo mismo que el impacto y la resonancia del accionar guerrillero para la época, precipita y configura para sectores de ultra-Derecha o enemigos más cercanos, la percepción acerca de su ilegalidad y la disposición para eliminarla como movimiento político de oposición.*

Además de esa hipótesis o hilo conductor, la reflexión en la descripción presupone el uso de la nomenclatura Derecha/Izquierda como espacio ideológico e históricamente referido a ciertos intereses. La Izquierda, por ejemplo, acude a la superioridad de la razón y de la ciencia, por encima de la tradición y el dogma religioso, a la protección de los intereses del obrero y del campesino, y se apoya en la intervención del Estado para beneficios sociales de cara a los más desfavorecidos. Por su parte, la Derecha apela frecuentemente a las creencias y sentimientos, y a la organicidad en su percepción del orden social, se inclina al dogma religioso y a la afirmación de la moral tradicional de la familia; así mismo, la Derecha cree en la libertad de elección en la esfera económica y el libre mercado, con un mínimo de intervención del Estado en los asuntos sociales¹³.

Cabe anotar que este trabajo no pretende ubicar la expresión Derecha/Izquierda a partir de un desequilibrio valorativo simple, lo cual desvirtuaría cualquier intento cognitivo objetivo y académico; no obstante, ello no evita, por otra parte, el deber y la responsabilidad de cuestionar, de criticar todo aquellos que resulte contrario al principio humanista y de la razón, de la civilidad, del respeto a la diferencia, el derecho irrecusable a la vida de las personas, viniere de donde viniere o lo expresare quien lo expresare: Derecha o Izquierda.

¹³ Para la definición de estos conceptos, véase Bobbio & Matteucci (1982); así mismo, Valles (2000: 274- 275) y Sartori (1998).

Finalmente, discurren alrededor de la hipótesis y de fondo a la nomenclatura Derecha/Izquierda, los conceptos de *legitimidad*, *institucionalidad*, *legalidad*, conceptos que para el trabajo tienen un desarrollo más sociológico que jurídico, *partidos anti-sistema* y *partidos revolucionarios*, *forma mentis empírica*, *pragmática* y *racional*, entre otros conceptos, los cuales se explicitan de acuerdo con el aporte de autores clásicos y contemporáneos¹⁴.

En cuanto a la metodología aquí empleada, ésta se recrea en diversas fuentes de distintos diálogos de saberes. El análisis histórico y crítico como apoyo analítico, lo hacemos también de la Sociología Comprensiva a la manera de M. Weber, con la intención de describir las características generales de un período, delimitar diferencias a sus actores sociales e instituciones, y comprender, así mismo, las ideas –discursos– y su práctica como expresión de ese período o suceso histórico. De otro lado, para argumentar el rigor conceptual, la descripción empírica y el análisis, nos hemos apoyado en las fuentes documentales directas y en las fuentes secundarias. Sobre las fuentes primarias se revisó la prensa escrita del período 1982-1986. Los periódicos de circulación nacional, El Tiempo (Bogotá), El Espectador (Bogotá), El Siglo (Bogotá), hacen parte de la prensa escrita consultada para los análisis de contenido y la exposición de las ideas de los actores sociales e instituciones. El semanario Voz (Bogotá) se consultó y, en menor medida, lo fueron los periódicos regionales como Vanguardia Liberal (Bucaramanga) y el Diario del Huila (Neiva).

El valor específico y el recurso metodológico de la prensa escrita para este trabajo, se ubican en dos dimensiones. Primero, la prensa escrita significó el *dato* o *hecho social* relativamente fiable, testimonio objetivo acerca de la realidad y en ella los actores sociales, las instituciones, sus expectativas, intenciones y realizaciones. La otra dimensión, por su parte, asume la prensa escrita *para sí*, es decir, interpretada o comprendida más allá del dato que emite, o del hecho social que describe. En ese caso, la prensa escrita y, de la misma manera, el noticiero, la emisión bien sea de radio o de televisión, son informadoras, formadoras o deformadoras de una cierta o reducida opinión pública, de una comunidad o sociedad, ya sea como punto de partida o como punto de llegada; por tanto, la prensa escrita, y en general los medios de comunicación masivos –*mass media*–, son para este trabajo un *momentum*, estructural por supuesto, y un espacio a través del cual recrean, construyen o de-construyen la realidad los actores sociales y las instituciones, ya sea que estén ubicados como emisores o receptores. Aquí la información que expresan los *mass-media*, como

¹⁴ Entre estos autores: M. Weber, para el planteamiento metodológico de las acciones racionales con arreglo a fines, en *Economía y Sociedad. Esbozo de Sociología Comprensiva* (1977), T. I, *El concepto de la Acción Social*, p. 6-9 y 18-20. También el aporte de G. Sartori (1965: 240-241), con el concepto de *forma mentis*, racional y pragmática, una de origen católico y extendida en los países con fuerte influencia católica, y la otra de origen anglosajón con influencia del protestantismo.

representación de la realidad, a la manera en que lo plantea Martín Serrano (1986: 15-20), no es un instante congelado, único, sino la confluencia en una especie de complicidades tácitas con formas inter-actuales y dialécticas para emisores, receptores, público, comunidades, agentes sociales, cuyo resultado es dinámico, inacabado de voces, percepciones, concepciones e imaginarios.

Sobre las fuentes secundarias interpretativas y conceptuales, las cuales son abundantes como de gran aporte, su información se acopió a través de fichas analíticas, de contenido y de manera crítica. Hemos contrastado visiones o percepciones de un período con otro o de fuentes secundarias entre sí; se hizo de este modo con el ánimo de ampliar las interpretaciones o para ajustar la información o los contenidos en provecho de los objetivos y la hipótesis de trabajo. Con respecto a la información sobre las elecciones de marzo de 1986, más concretamente las elecciones para corporaciones públicas, en las cuales participó con fuerza la UP, la técnica de análisis e interpretación empleada ha sido cualitativa y no cuantitativa, es decir hemos privilegiado el análisis de contenido sobre los datos y cifras, con el fin de inferir proposiciones y afirmaciones a propósito de la suerte y el comportamiento político y electoral de la UP. Los datos, cifras y estadísticas expuestas en parte se obtuvieron de periódicos, y en parte de las estadísticas de la Registraduría Nacional. Así mismo, los datos sobre sondeos e información de entrevistas o encuestas, si se mencionan o aluden en el texto, no fueron elaborados por el autor, sino que corresponden a fuentes de periódicos o revistas de la época, y se dan los respectivos créditos.

Finalmente, este trabajo se ha estructurado de la siguiente forma. La primera parte presenta, como eje articulador, la descripción y análisis acerca del Proceso de Paz de la administración Betancur, con énfasis en su resultado más tangible: los Acuerdos de La Uribe. A ese eje articulador concurre la serie de inconvenientes que se presentaron para la firma de los Acuerdos, así como la resonancia interpretativa y de percepciones que elaboraron distintos sectores de la sociedad colombiana, que traducían la insatisfacción que sentían con respecto al Proceso de Paz. Este primer momento finaliza mostrando la reacción de la sociedad civil, esto es, de aquellos sectores de mayor peso en su inconformismo frente al Acuerdo, ya que este no contemplaba la dejación de armas por parte de la guerrilla de las FARC, la cual pretendía incorporarse a la vida civil como movimiento político legal. Situación esta que, de acuerdo con el análisis de las Fuerzas Armadas (FF. AA.) y sectores de la Derecha, se asimiló con base en una interpretación cargada de prejuicios en los que existen temores, sospechas e incluso la sensación de derrota frente a la subversión.

Con la segunda parte del trabajo se ha pretendido hurgar en la historia de la UP como actor político legal, y en las expectativas que causó en la sociedad

política, así como la actitud oscilante de la UP entre las FARC que la alejaba y el PC que la atraía. Los devaneos de la UP, el ambiente socio-político con ataques crecientes de la insurgencia y la resonancia de la situación internacional decantan, en la percepción de los sectores más recelosos e inconformes con los Acuerdos de La Uribe, la imagen unívoca e indistinta entre las FARC, el PC y la UP. Empero, ¿fue la UP un proyecto para extender a las FARC y al PC, como lo muestran algunos estudios sobre este nuevo movimiento de oposición?¹⁵

De nuestra parte, este estudio muestra que las intenciones y las actividades de la UP no se reducen a la estrechez del interrogante, sino que para explicarlas y explicar las percepciones y las imágenes de sectores de Derecha sobre la UP, es necesario acercarnos a las ambigüedades, las inconsistencias, incluso las contradicciones discursivas y prácticas del PC, traslapadas sistemáticamente a la UP. Seguidamente mostramos cómo operó en la Derecha, a manera de percepciones y de imaginarios, la disposición de la UP para participar en las elecciones de marzo de 1986. En ese caso, las inculpaciones a la UP de realizar proselitismo político-armado, fueron en la Derecha la síntesis más elaborada de evidencia empírica y el hecho concreto acerca de que la UP y las FARC eran una misma realidad: la subversión que se tomaba el escenario político. Contrastes y percepción dramáticas de que la Derecha se extendería como mancha de aceite a otros sectores afines a ella.

El tercer acápite está referido a analizar y describir a la UP de cara a la contienda política de 1986. Allí mostramos el porqué de la búsqueda de alianzas de este movimiento: *para abrirse paso frente a la maquinaria política, gubernamental y militar*, dirían ellos. En efecto, a través de las alianzas la UP pretendía instalarse legal e institucionalmente en el escenario político, de por sí impregnado de resistencias, prejuicios y temores desde la Derecha. Sin embargo, en esa búsqueda de alianzas lo que la UP produjo en los sectores de la Derecha fue la exacerbación de sus propios temores y el rechazo sistemático, hasta el punto de que la inculparan de hacer proselitismo armado. Empero, así mismo, logramos mostrar que la UP a partir de dos lógicas, una de ellas histórica y general, y la otra particular y concreta, cristalizó alianzas y acuerdos de participación electoral con movimientos políticos en algunas regiones del país. Alianzas y acuerdos que fueron sistemáticamente censurados, cuando no condenados y rechazados por diversos sectores sociales. Esto creaba un ambiente socio-político en el que se agudizarían los problemas de identidad de la UP, para hacerla aparecer frente a la sociedad como una encarnación de la subversión, es decir, de las FARC. Al final de esta tercera parte del trabajo, mostramos que las alianzas y los acuerdos alcanzados por la UP fueron

¹⁵ El trabajo más sugestivo en esta perspectiva es el de Pizarro Leongómez (1991).

vitales para los resultados electorales y, así mismo, para sus expectativas de integración y re-legitimación positiva dentro del sistema socio-político¹⁶. Pero ese aliento y esas expectativas en la Izquierda, para la Derecha, más allá de extender y agudizar sus miedos que parecían agotarle su propia existencia, significarían el punto de mayor tensión ideológica, capaz de irrigar más que percepciones e imágenes sobre la Izquierda, su enemigo: la decisión en sectores de ultra-derecha, con la cual iniciar la cruzada de muerte y exterminio en contra de la UP.

A manera de conclusiones

– La llegada al gobierno de Belisario Betancur (1982-1986) se presenta como una opción política que distensionaba el ambiente de *Estatuto de Seguridad* y de actitudes militaristas de gobiernos anteriores frente al conflicto armado. A partir de interpretar el conflicto armado en Colombia con base en *condiciones objetivas y subjetivas*, y de sus características personales de *pacificador*, Betancur propuso una Estrategia de Paz que contemplaba la Amnistía, la Comisión de Diálogo, la Ley de Indulto, la Apertura Democrática (Ley de los Partidos) y el Plan Nacional de Rehabilitación. Dadas esas condiciones y disposición de diálogo del nuevo gobierno, desde las FARC se enuncian deseos de dialogar. Para tal fin, el presidente Betancur conformó una nueva Comisión de Paz (Sept. 1982), con cuarenta personas de todos los matices socio-políticos. Seguidamente, a la conformación y disposición de la Comisión de Paz, vendrían los resultados de las investigaciones del procurador Jiménez Gómez, que mostraban a miembros del Ejército comprometidos con el grupo paramilitar Muerte A Secuestradores (MAS). Este evento, de resonancia nacional e inquietud frente a un acercamiento y proceso de diálogo con las FARC, precipitó igualmente expresiones y rechazos de los gremios, las asociaciones y los militares, directamente implicados.

La otra lectura que se hace del evento es la percepción y los imaginarios acerca de la *Doctrina de la Seguridad Nacional* y el concepto de legitimidad que acompaña a los gremios económicos, las asociaciones y el Ejército. Para unos, el orden social descansaba a partir del soporte que ofrecían las Fuerzas Militares, las *armas de la República*; para éstas, por su parte, el sistema democrático, la institucionalidad, reposaba exclusivamente en su activa participación de lucha contra la subversión, el *enemigo interno* y sus bases de apoyo, campesinos, intelectuales, sindicalistas y demás población afectada.

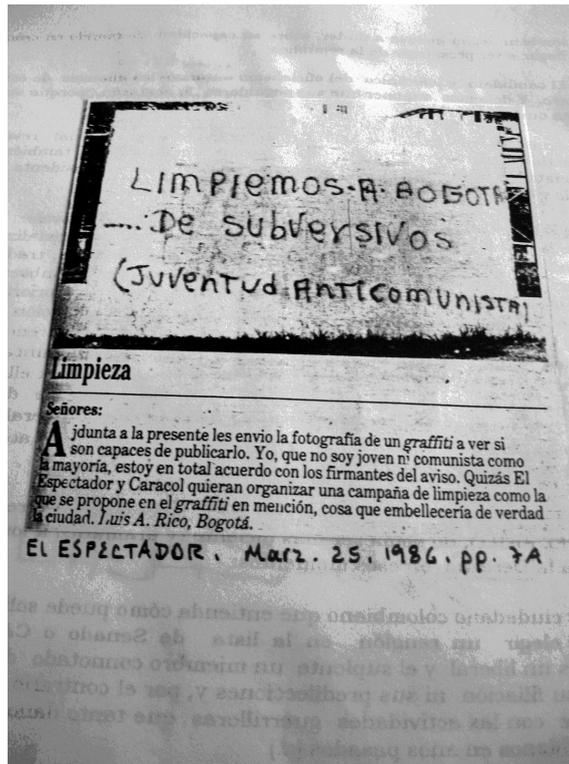
¹⁶ Posiblemente lo que estaba en juego con la institucionalización de la UP era también la integración de un partido anti-sistema en el Sistema, es decir, su relegitimación que sustituiría procesos anteriores de deslegitimación; en ese proceso, como lo señala G. Sartori (1986: 182-183), la clave es si las élites efectivamente aplican sus intenciones de relegitimación completamente, hasta llegar a las masas y al nivel de los Medios de Comunicación Social. Si esto no ocurre, el proceso queda en una *zona de poca visibilidad*.

No obstante los tropiezos de la Comisión de Paz, impulsada por John Agudelo Ríos, tropiezos que se dieron alrededor de cierto enfrentamiento con el Ex-ministro de Defensa, Fernando Landazábal R.; la tensión que produjo el secuestro del hermano del Presidente, el Magistrado Jaime Betancur C., y finalmente el cruento ataque de un comando del M-19 a Florencia (Caquetá), la Comisión logró llegar a un Acuerdo de Cese al Fuego o Tregua con las FARC, en marzo 28 de 1984.

Lo importante de ese Acuerdo, Gobierno/FARC, es que planteaba el plazo de un año para que las FARC se desmovilizaran vía conformación de un movimiento político y que el Gobierno les otorgaría a esas intenciones políticas, sociales y económicas, las garantías y los estímulos pertinentes. Al Acuerdo del Gobierno/FARC, se sumaban: una fracción de la Auto-Defensa Obrera (ADO), el Ejército Popular de Liberación (EPL) y el M-19 (Frente Sur). Así, y según analistas de la época, al Acuerdo confluía el 90% del movimiento armado de Colombia. Sin embargo, firmado el Acuerdo de Cese al Fuego o Tregua, el ambiente socio-político no era el mejor, pues según sondeos, el 86% de los entrevistados *no estaban satisfechos con el Proceso de Paz*.

Ahora bien, ese ambiente de insatisfacción con el Proceso de Paz se vio reflejado en las expresiones que hicieron, desde la Sociedad Civil, gremios económicos de la ciudad y el campo, organizaciones, la Iglesia, personalidades y la prensa conservadora (EL SIGLO/ EL TIEMPO), con percepciones encontradas y confusas acerca del Acuerdo. Para unos sectores de la Sociedad Civil, los gremios de la producción, por ejemplo, los Acuerdos de La Uribe se presentan como la *paz consumada*; para otros, la prensa conservadora y personalidades, el Estado salía perdiendo, pues además de que los Acuerdos maniataban al Ejército, la subversión se quedaba con las armas y sin compromisos para entregarlas. En la izquierda, el Acuerdo traducía la posibilidad de una *lucha organizada y consciente de clases en los planos reivindicativos*, además de acentuarse a partir del instante de los Acuerdos, una izquierda expresando discursivamente la violencia guerrillera *como justa y en respuesta a la violencia oficial y oligárquica*.

Mientras esto acontecía en la Izquierda, del otro extremo, sectores de la Derecha, se precipitaba la lectura y la percepción de los Acuerdos como una *tregua sospechosa*. Esto significaba que de ahora en adelante la guerrilla tendrá un *brazo violento y otro político*, los cuales se moverán coordinadamente: el primero, atentando en contra de los anticomunistas y de la Nación en general, amedrentando y extorsionándolos, y el segundo, guardando una apariencia pacífica, penetrando en las esferas del poder y beneficiándose en las concesiones obtenidas. Así, se infiere del comunicado, a dos páginas que publicara, en el periódico EL TIEMPO (mayo 25, 1984), la Sociedad Colombiana de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad (TFP).



EL ESPECTADOR (Bogotá), Marzo 25, 1986, p. 7ª
Fotografía: Johana A. Santofimio S.

Finalmente, para completar el cuadro discursivo e ideológico construido alrededor de los Acuerdos de La Uribe, al documento de la Sociedad TFP se uniría la circular confidencial del comandante de las FF. MM., a los mandos militares, un día después de iniciarse el Cese al Fuego o Tregua. La circular plasma, más allá de los esfuerzos aclaratorios a que alude, la concepción de los altos mandos militares acerca del Acuerdo. Dos lecturas se infieren a propósito: la sensación de que posterior al Acuerdo de Cese al Fuego y Tregua, lo *peor estaría por venir*; o aquella otra lectura, acerca de lo que implicó para el Ejército, la tropa, la sensación de empate militar con la subversión, o quizá algo peor: *la derrota militar*.

– A partir de los meses de febrero y marzo (1985), era casi decisivo y oficial la constitución del movimiento político denominado Unión Patriótica (UP), desde las FARC y con base en lo prescrito de los Acuerdos de La Uribe (Marzo 28, 1984), específicamente es su numeral 6. La UP surgida de las entrañas de las FARC se presentaba como un movimiento amplio, y se manifestaba como un *partido-corredor*, a través del cual discurrirían, para su inserción en la sociedad, todos los miembros de la militancia armada.

En su lanzamiento como movimiento político amplio, la UP fue bien recibida *en sociedad* y extendió nacionalmente el radio de sus simpatizantes y militantes, principalmente en el ámbito de pueblos y sitios rurales. En mayo 28 de 1985, fecha de aniversario del inicio del Cese al Fuego o Tregua, la UP lanzaba su plataforma política, la cual conjugaba reivindicaciones socio-políticas del movimiento insurgente y del partido comunista, principalmente. La plataforma, en el plano ideológico, sirve a la UP para mostrar sus intenciones de participar en las elecciones de marzo del 1986 o pretender ser un movimiento pro-sistema-, y crear ante los escépticos y la Derecha, la sensación menos prevenida hacia el movimiento.

No obstante, en esas intenciones se cruzaría inmediatamente la decisión de las FARC de no desmovilizar su *aparato militar* en tanto no estuvieran dadas las condiciones y, además, el Gobierno se decidiera a prorrogar el período de Cese al Fuego o Tregua. Esa situación, además de dilemática, confusa y ambigua, produce la percepción social, la imagen de un acercamiento explícito entre la UP y las FARC y, de paso, un acercamiento implícito entre la UP y el PC. Lo real, sin embargo, fue que las FARC se alejaban sistemáticamente de la UP, y ésta se adentraba decididamente en la historia del PC. De esta forma, llegó a agotarse en los sectores de derecha la distancia que alguna vez hubo entre el movimiento insurgente, particularmente las FARC-EP y la izquierda. Asimismo, el panorama internacional de la Guerra Fría, el fuerte protagonismo insurreccional en Centro América, y, a nuestro interior, por los atentados y sus efectos al comandante del Ejército y el ataque de un comando del M-19 al Palacio de Justicia, fueron elementos capaces de sedimentar racionalmente lo perceptivo, semántico y los imaginarios; para sectores de la Sociedad –Derecha e instituciones–, la imagen de que la guerrilla, la UP y la Izquierda eran una sola realidad, un solo horizonte de actuación.

Ahora bien, esa sensación perceptiva en la imagen condujo a interpretaciones o a enfocar el análisis histórico acerca de la UP en dos dimensiones, importantes pero no interactuantes entre sí. La una privilegiando a la UP *en sí misma* (ser en sí), es decir, un movimiento político de oposición o fuerza política alternativa; sin embargo, este enfoque olvida o evita las relaciones que la UP tenía con las FARC en el contexto problemático del Proceso de Paz de la Administración Betancur (1982-1986) –la no dejación de las armas por parte de la guerrilla, por ejemplo– y también olvida mencionar su inclusión sistemática y organizativa al interior del PC, con su historia y sus indecisiones, sobre todo al inicio de las actividades políticas de la UP.

La otra dimensión, por su parte, hace de la UP, más allá de sus límites, un *ser para sí*, esto es, la idea absoluta de ser un instrumento para la lucha política y

militar; la UP como una estrategia de las FARC y el PC para acceder al poder; sin embargo, esta dimensión no muestra las características socio-políticas y las condiciones ideológicas de sectores sociales e instituciones –la Iglesia, el Ejército–, en donde aterrizan y anclan los propósitos de la UP.

En ese sentido, la UP no fue solamente un *ser en sí* y un *ser para sí*, sino una *forma mentis* de muchos colombianos frente al Estado, las Fuerzas Militares, la democracia, el desajuste socio-económico y el Gobierno con su proceso de paz. En síntesis, hacia la UP confluyeron numerosos colombianos como respuesta o rechazo, aquellos que probando el sistema político en el ejercicio del voto, probaban también su condición de ciudadanos. Si bien es cierto que la UP en sus inicios se prepara para cubrir la praxis política contestataria y antisistema del Partido Comunista –recuperación de tierras, paros cívicos, marchas campesinas–, y acusando una fuerte inclinación ideológica-discursiva con las FARC –enunciación reiterada de la justificación de la lucha armada–, posteriormente, la UP se dispone a romper relaciones políticas y orgánicas directas con las FARC, octubre 1987 y en 1989, debido en parte a los cambios que se sucedían en el bloque socialista –la Perestroika y el Glasnot–, y en parte por la iniciativa de Bernardo Jaramillo Ossa; la UP se preparaba para desligarse del Partido Comunista y constituirse como un movimiento político sin la rigidez del marxismo-leninismo y en procura de un socialismo humanista y democrático. Pero esa tentativa en el cambio de perfil de la UP no evitará su eliminación del escenario político, por parte de sectores de ultraderecha y enemigos no fortuitos, escapándose así quizá la posibilidad de *integración positiva* o relegitimación de la UP y la Izquierda al sistema político y social, como si se lograra con los partidos comunistas y revolucionarios en Europa Central (Italia, Francia, España y Portugal, principalmente) y, más cerca a nosotros, en el vecino país de Venezuela.

Finalmente, es preciso retener la idea de que en el contexto del Proceso de Paz de la Administración Betancur, se evidencia con fuerza, desde ciertos sectores de la sociedad colombiana –Ejército, la Iglesia, Partidos Políticos–, un despliegue sistemático de percepciones y enunciados acerca de la UP, al momento de iniciarse como actor político. Así, la imagen que la Derecha retuvo sobre la Izquierda, y más concretamente sobre la UP, fue aquella de las FARC y la UP, su *proyección política y legal*, una sola realidad. Las FARC mimetizándose a través de la UP para el golpe final y llegar al Poder. En ese sentido, a la formalización de la UP y de su actividad política, seguidamente pesará la inculpación del proselitismo político armado; estas fueron implicaciones que discurrirían a todo lo largo y ancho del tejido social: ora desde el Ejército, ora desde la Iglesia, los Partidos Políticos, el Partido Conservador, principalmente, utilizando en tal caso, los editoriales del periódico EL SIGLO.

Inculpaciones hacia la UP que el Presidente Betancur con dificultad lograba disipar, al contrario parecía confirmar. El tema del proselitismo político armado fue llevado al Congreso para su debate –Proyecto de Garantías Electorales–, no obstante, el escenario de la política formal no resolvió nada en términos prácticos, pero extendía la sombra de duda a propósito de la UP y su supuesta práctica del proselitismo armado.

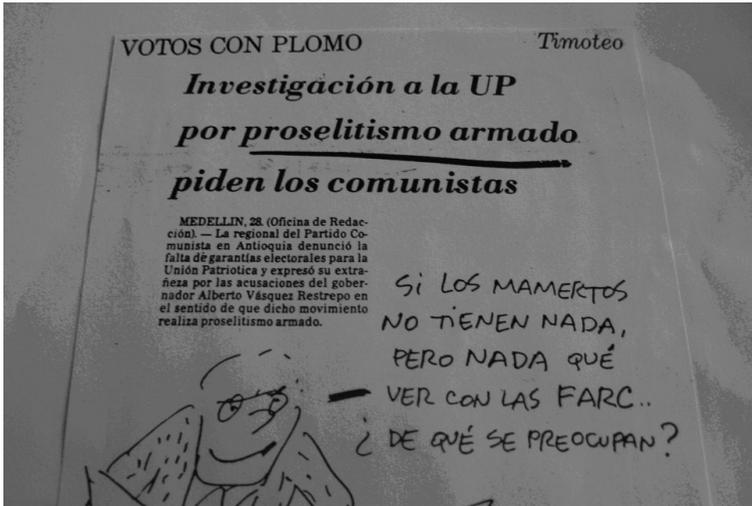
A medida que se aproximaban las elecciones de marzo de 1986, la percepción de sospecha que pesaba sobre la UP da paso a la evidencia, a la imagen concreta para la Derecha de que efectivamente la UP hacía proselitismo político armado. Así, la Derecha conjuga e interioriza sus temores acerca de las FARC, la UP, el PC y de la Izquierda en general como un enemigo de cuidado que había que evitar. En esta situación temerosa y de alguna manera de soledad en sus reclamos, llega a la Derecha para confirmar sus temores, el pronunciamiento de la 45ª Asamblea Plenaria del Episcopado (Bogotá, febrero 17 al 20 de 1986). La plenaria de los Obispos colombianos *ad portas* de las elecciones no era fortuita, significaba para la Derecha una forma de respaldo, para la Iglesia misma, porque podrían expresar sus propios prejuicios acerca de los fantasmas del Comunismo Internacional o *movimiento de ideología extrema*. Por último, la prórroga del período de Cese al fuego o Tregua que hizo el presidente Betancur a las FARC (marzo, 1986), y que éstas se comprometían a no perturbar las elecciones, es cierto que alentaría con entusiasmo la participación de la UP en la contienda política, pero a la Derecha ese cuadro le resultaba demasiado confuso o poco real para ser aceptado.

– Los aspectos institucionales y jurídicos empleados durante el Proceso de Paz de la Administración Betancur (1982-1986), es decir, la Amnistía, el Indulto, Ley de los Partidos (1985), deben también analizarse y sopesarse en el ámbito de la contra-institucionalidad (ilegalidad), generada desde diversas instancias del Estado, el Ejecutivo (Gobierno), el Congreso (Parlamento), el Ejército, los gremios económicos (del campo y la ciudad), la Sociedad Civil y los Mass-media. Esa correlación analítica entre Institucionalidad y Contra-institucionalidad (ilegalidad) permite ahondar en la incapacidad o límites del Estado, es decir, el bajo nivel de institucionalización a sus pretensiones y, también, de las potencialidades de la sociedad civil, los partidos políticos y otras instituciones capaces de llenar el vacío en la labor institucionalizadora del Estado o de profundizarla. Sin embargo, esto no fue lo que ocurrió de cara a la propuesta de conformación de la UP como movimiento político y participar así en las elecciones de marzo del 1986. Dadas las características del ambiente socio-político sometido a una *estructura ideológica congénita*, con la existencia de un sistema político bipartidista y con la presencia histórica de un partido antisistema (Partido Comunista) y de un Partido revolucionario (FARC), discurrirá un espectro ideológico decantado Derecha/Izquierda, inclinado al fanatismo y mutuamente excluyente.

En la conformación de este espectro ideológico tienen que ver el entronque sistemático hacia el Partido Comunista de la UP y, por otra parte, la decisión de las FARC para evitar todo propósito de integrar sus efectivos a la vida civil y política. Además, los reiterados ataques de la insurgencia, primero el atentado al comandante del Ejército (octubre de 1985) y luego la toma del Palacio de Justicia por un comando del M-19 (noviembre de 1985). Así, la suerte institucional de la UP y la relegitimación de la Izquierda clásica no obedecían ya a la inercia del Ejecutivo (Gobierno), sino que esa suerte va a estar determinada en el ámbito de la sociedad y por sectores que directa o indirectamente se hallaban enfrentados a las FARC: el Ejército, los gremios rurales (terratenientes), barones del narcotráfico, incluso fuerzas disidentes de la guerrilla. Esta situación en parte explica la búsqueda de alianzas de la UP para las elecciones de 1986, de igual forma, otra explicación a las alianzas de la UP estará ligada al *ser en sí* de la UP, esto es, sus características de *Frente Amplio Democrático*, conformado con todas las vertientes del pensamiento político nacional.

Si bien es cierto, las alianzas de la UP con otros movimientos o partidos políticos, principalmente liberales, se argumentaban *para romper el bloqueo* y las *maniobras de la oligarquía con los militares*. Por su parte, desde la Derecha se hizo prioritario y vital extender la idea acerca de que las FARC y la UP eran indisolublemente un mismo cuerpo y una misma realidad y que, a través de las alianzas, esta realidad se pretendía esconder, mimetizar. Así, desde sectores de la Derecha, el periódico EL SIGLO, políticos y la Iglesia, precipitaban a través de discursos y pronunciamientos reiterados como sistemáticos, la coincidencia entre las FARC y la UP, al ritmo de cierta sedimentación que alcanzaba la UP en el entramado social. Por tanto, en un escenario socio-político crispado por el rigor de la insurgencia armada y altamente ideológico alrededor de Izquierda/Derecha, aconteció una trama social fragmentada, polarizada con efectos contra-institucionales o de ilegalidad a las intenciones políticas de la UP.

Aún en esas condiciones de des-institucionalización que producen y expresan sectores de Derecha hacia la UP, no se evitó la cristalización de alianzas entre la UP y movimientos políticos en algunos sectores liberales, principalmente. Estos ataques de la Derecha contra la UP muestran claramente tres objetivos: insistir que a través de las alianzas, la subversión y su fórmula, la UP acercaba sus propósitos de tomarse el poder; manifestar, así mismo, la idea, el concepto de la relación unívoca e indistinta entre las FARC y la UP; finalmente, con estos ataques discursivos de la Derecha contra la Izquierda, en este caso contra la UP, develar su aparente soledad y buscar lealtades para *conversar y coincidir*, con otros, en sus prejuicios y temores.

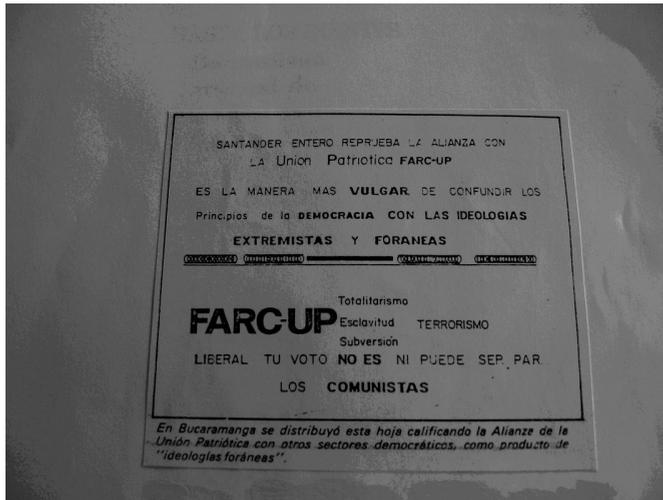


EL SIGLO (Bogotá), Feb. 1 1986, p. 4.
Fotografía: Johana A. Santofimio S.

Fueron varios los sectores y partidos políticos –el Conservador a través del periódico EL SIGLO–, el Nuevo Liberalismo, tendencias del Partido Liberal, políticos, personalidades y aún los dos periódicos más importantes del país –EL TIEMPO y EL ESPECTADOR–, quienes rechazaron y condenaron las alianzas que cristalizó la UP. No obstante, el Partido Liberal, a través de su director y candidato a la presidencia, Virgilio Barco, no se pronunció decididamente a fin de rechazar las alianzas de algunos sectores de su partido con la UP. En parte, el candidato liberal obró así por una estrategia electoral y, en parte, por no confrontar o discutir el orden y la importancia que tenían los *caciques regionales* a partir del caudal de votos disponibles.

La indecisión del Partido Liberal para rechazar o condenar las alianzas produjo en sectores de la Derecha la amarga sensación de la derrota y el desespero vital al observar el escenario político, su arena política habitada por la UP, esto es, por la guerrilla. Sin embargo, a esa sensación de soledad, derrota y desespero, llegó oportunamente el pronunciamiento de la alta jerarquía obispal para pontificar acerca del próximo debate electoral, censurar y condenar las alianzas de la UP y de su participación en las elecciones.

Así, este respaldo entre sectores conservadores y de la Derecha con la Iglesia, respaldo muy habitual en la historia colombiana en momentos de crisis, conduciría a sedimentar y a segmentar en la Sociedad, referentes perceptivos –imaginarios– acerca de la UP y de las FARC, donde para unos serán, perceptivamente, el instante y la conjugación en la heroicidad, pero en otros, la UP será el instante y la conjugación de un mal que había que evitar o... extirpar.



VOZ (Bogotá), Abril 3 1986, p. 5
Fotografía: Johana A. Santofimio S.

Las alianzas y los Acuerdos cristalizados por la UP con sectores políticos de carácter regional, y principalmente liberales, parecen responder a dos lógicas explícitas. Una lógica general e histórica que muestra al PC en la búsqueda de acuerdos pragmáticos a fin de desequilibrar la relación de fuerzas del bipartidismo. Esto explica, por ejemplo, la propuesta política de *frente popular*, años 30; la UNO (Unión Nacional de Oposición), 1974; y la UP y sus alianzas, en 1986. Por otro lado, las Alianzas y los Acuerdos que cristalizó la UP significaban una lógica particular, es decir, concreta, la cual obedecía a sus relaciones micro-históricas con sectores políticos de diversas regiones. Esta lógica, igualmente, expresaba una interacción discursiva con problemas comunes acerca de los cuales los *caciques regionales* querían comprometerse. Éstos fueron los casos de las alianzas que la UP cristalizó con los senadores Guillermo Plazas A. –Convergencia Liberal, Huila– y Víctor Renán Barco (Caldas), y con el parlamentario del Caquetá, Felix Tovar Z.

Para fines de enero de 1986, las alianzas de la UP se abrían paso en nueve departamentos y en los Territorios Nacionales, muy a pesar de la Derecha, las censuras y condenas de la Iglesia, incluso confrontando amenazas de muerte que se hacían contra aquellos decididos a pactar alianzas con la UP. Al amplio espectro nacional de alianzas que alcanzó la UP, confluyeron el Partido Liberal y sectores de éste, el Nuevo Liberalismo –a pesar de la resistencia de su Director–, incluso el Partido Conservador, movimientos cívicos y el movimiento Indígena Páez. Asimismo, a la UP confluyeron, para congratularla y apoyarla en su participación política, numerosos intelectuales que la observaban conteniendo en sus propuestas *lo que faltaba a los partidos tradicionales* y como *aquel movimiento capaz de afianzar la paz y concretar la democracia*.

Las elecciones del 9 de marzo de 1986 se realizaron en relativa calma, a lo que ayudó el compromiso de las FARC de respetar las condiciones de la justa electoral y el Gobierno al ofrecer las garantías a la participación de la UP. Luego de la contienda electoral, los resultados para la Izquierda (UP) muestran un repunte significativo; a ese repunte ayudaron necesariamente las alianzas y acuerdos políticos cristalizados por la UP. No obstante, la Derecha interpretaría el aparente triunfo de la Izquierda como una *mejora en su marca tradicional* y una *muy débil respuesta de las masas*. Lo cierto fue que de cara a las elecciones de 1986, la UP como movimiento político había logrado cobertura nacional, al poner a seis senadores en el Parlamento y a nueve Representantes a la Cámara. Asimismo, la UP lograba elegir a más de 260 concejales, llegando incluso a ser favorecida con 19 Alcaldías en la Administración Barco (1986-1990). Pero, según la lectura de la Derecha, los *extremistas o las FARC*, ahora desde la legalidad, cumplían cabalmente sus objetivos de socavar o destruir el orden social, el sistema democrático. Esto fue lo que significó para la Derecha la asunción del triunfo en la Izquierda, más allá de expresar su paranoia y el miedo; para otros, la extrema derecha, dicho triunfo significó el comienzo, el punto de partida definitivo a la más absurda y fundamentalista cruzada de terror, muerte y exterminio contra un partido político, la Unión Patriótica (UP), sin que se perturbase la *normalidad democrática* en el Sistema.

Bibliografía

- ALEXANDER, Robert J. (1967) *La revolución Democrática en Venezuela*, Albon-Interprint, Medellín.
- ARENAS, Jacobo. (1985) *Cese al Fuego. Una Historia Política de las FARC*, Oveja Negra, Bogotá.
- ARIZALA, José. (1989) "Unión Patriótica". En: GALLÓN GIRALDO, Gustavo. *Entre movimientos y caudillos*, CINEP-CEREC, Bogotá.
- BOBBIO, Norbert & MATTEUCCI, Nicola. (1982) *Diccionario de Política*, Siglo XXI, México. Vol. II.
- BONIFACE, Pascal. (1996) *L'Année Stratégique*, Iris-Arlea, París.
- BUENAVENTURA, Nicolás. (1983) *Unión Patriótica y Poder Popular. Izquierda y Elecciones*, CEIS.
- CEPEDA U., Fernando, et al., (1985) *Contadora: Desafío a la Diplomacia Tradicional*, Bogotá, Centro Estudios Internacionales de la U. de los Andes, Editorial La Oveja Negra.
- CHOMSKY, Noam. (1992) *El Miedo a la Democracia*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona.
- DELGADO, Óscar; et al. (1993) *Modernidad, Democracia y Partidos*, FIDEC-FESCOL, Bogotá.
- DUEÑAS RUIZ, Óscar J. (1990) *Unión Patriótica. Venciendo Dificultades*, UNINCCA, Bogotá.
- ENCICLOPEDIA TEMÁTICA GUINNESS, (1995) *Círculo de Lectores*, Santafé de Bogotá.
- ESCOBAR, Juan Camilo, (2000) *Lo Imaginario. Entre las Ciencias Sociales y la Historia*, U. EAFIT, Medellín.
- ETZIONI, Minerva M. (1973) *La Mayoría de Uno. Hacia una teoría de la compatibilidad regional*, FCE, México.
- FLOYER A., Andrew. (1994) *Cómo utilizar la mediación para resolver conflictos en las organizaciones*, Paidós, Barcelona.
- GALLÓN GIRALDO, Gustavo. (1989) *Entre movimientos y caudillos*, CINEP-CEREC, Bogotá.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. (1995) *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México.
- GILHODES, Pierre. (1979) *Fuerzas e Instituciones Políticas en América Latina*, Universidad Libre de Pereira.
- GIRALDO, Fernando. (1992) *Le Concept de Démocratie dans le discours politique de la Gauche Colombienne. Le cas de L' Union Patriotique*, U. de la Sorbonne, Paris.
- GOMIS, Lorenzo. (1991) *Teoría del Periodismo. Cómo se construye el presente*, Paidós, Barcelona.
- GRACIARENA, Jorge. (1972) *Poder y clases sociales en el Desarrollo de América Latina*, Paidós, Buenos Aires.

- GUARIGLIA, Osvaldo. (1993) *Ideología, Verdad y Legitimación*, FCE, Buenos Aires.
- HAENSCH, Günther y Reinhold Werner. (1993) *Nuevo Diccionario de Americanismos y Colombianismos*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.
- HUNTINGTON, Samuel. (1972) *El orden político en las sociedades en cambio*, Paidós, Buenos Aires.
- INFORME del Defensor del Pueblo para el Gobierno, el Congreso y el Procurador General de la Nación, *Estudio de los casos de homicidios de miembros de al UP y Esperanza, Paz y Libertad*, Defensoría del Pueblo, Santafé de Bogotá, 1993.
- KAPLAN, Morton A. (1982) *Las diversas facetas del Comunismo*, Norma, México.
- LANZETTA, Mónica. (1987) *Colombia en las urnas, ¿qué pasó en 1986 ?*, Carlos Valencia Ed., Bogotá.
- LEAL BUITRAGO, Francisco. (1989) *Estado y Política en Colombia*, CEREC-Siglo Veintiuno, Bogotá.
- _____. (1990) *El Clientelismo: El Sistema Político y su expresión regional*, IEPRI-Tercer Mundo Ed., Bogotá.
- _____. (1994) *El oficio de la guerra. La Seguridad Nacional en Colombia*, IEPRI-Tercer Mundo, Santafé de Bogotá.
- LEE KIM, Hyun Sook. (1992) "Diversidad de los procesos de crecimiento económico de los cuatro Tigres Asiáticos". En: *Comercio Exterior*, Vol. 42, Num. 2, México.
- MARTÍN SERRANO, Manuel. (1986) *La Producción Social de Comunicación*, Alianza, Madrid.
- MARTÍNEZ GARNICA, Armando. (1992) *Legitimidad y proyectos políticos en los orígenes del Gobierno del Nuevo Reino de Granada*, Banco de la República, Santafé de Bogotá.
- OSSIPOW, Williams. (1979) *La transformation du discours politique dans L'eglise, L'Age d' Homme*, Paris.
- BULA H., Germán, (et al.) *¿Paz? ¿Paz?: Testimonios y reflexiones sobre un Proceso*, (1987) Bogotá, Leiva Durán editores.
- PEÑATE G., Andrés. (1991) *Arauca: Politics and oil in a Colombian Province*, University of Oxford.
- PEREA R., Carlos Mario. (1996) *Porque la sangre es espíritu. Imaginario y discurso político en las elites capitalinas (1942- 1949)*, IEPRI-Aguilar, Bogotá.
- PETKOFF, Teodoro, (1983) *Proceso a la Izquierda: (O de la falsa conducta revolucionaria)*, Editorial Oveja Negra, Bogotá.
- PINZÓN de LEWIN, Patricia. (1987) *Los partidos políticos colombianos, Estatutos, Reglamentos y Programas*, FESCOL, Bogotá.
- PIZARRO LEONGÓMEZ, Eduardo. (1991) *Las FARC: 1949-1966. De la Autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*, IEPRI-Tercer Mundo, Bogotá.

- RAMÍREZ V., Luz del Socorro. (1988) *El Proceso de Paz durante el Gobierno de Belisario Betancur (1982-1986), Actores en conflicto por la Paz*, Universidad Externado-IAED.
- REGISTRADURÍA NACIONAL DEL ESTADO CIVIL. *Estadística Electoral, 1986-1988*.
- RIBÓN QUINTERO, María C. (1987) *Proceso de formación de la UP*, Universidad de los Andes, Bogotá.
- SÁNCHEZ G., Gonzalo (Coord.). (1987) *Colombia: Violencia y Democracia. Informe presentando al Ministerio de Gobierno*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- SANTOS CALDERÓN, Enrique.(1985) *La Guerra por la Paz*, Fondo Editorial CEREC, Bogotá.
- SARTORI, Giovanni. (1965) *Aspectos de la Democracia*, Limusa-Wiley, México.
- _____. (1986) *Partidos y Sistemas de Partidos. Marco para un análisis*, VI, Alianza, Madrid.
- _____. (1998) *Elementos de Teoría Política*, Alianza, Madrid.
- SAVOYE, Jean. (1996) "Les Conflicts dans le Monde". En: BONIFACE, Pascal (Dir.) *L'Année Strategique*, Iris-Arlea, Paris.
- SERRANO, Martín. (1986) *La Producción Social de la comunicación*, Alianza, Madrid.
- SCHOECK, Herlmut. (1973) *Diccionario de Sociología*, Herder, Barcelona.
- TIRADO MEJÍA, Alvaro. (1981) *Aspectos políticos del primer Gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938)*, Pro-cultura, Bogotá.
- WEBER, Max. (1977) *Economía y Sociedad. Esbozo de Sociología comprensiva*, 3ª. Reimp., FCE, México.
- VALLES, Joseph M. (2000) *Ciencia Política, Una Introducción*, Ariel, Barcelona. 2000
- VÉLEZ RODRÍGUEZ, Claudia P. (1992) *Estudio sobre un Movimiento de Oposición Política en Colombia. Auge y Decadencia de la Unión Patriótica 1986-1990*, Universidad de los Andes, Santafé de Bogotá.
- WALTON, Richard J. (1971) *La Guerra Fría*, Ed. Letras, México.
- WALLENSTEEN, Peter. (1996) *Un marco teórico para la resolución de conflictos*, IAED.
- ZAKI, Laidi. (1997) *Un mundo sin sentido*, FCE, México.
- ZIZEK, Slavoj. (2005) *Ideología. Un mapa de la cuestión*, 2ª. Reimp., FCE, México.

Periódicos

EL ESPECTADOR (Bogotá), años 1984-1986.

EL TIEMPO (Bogotá), años 1982-1986.

EL SIGLO (Bogotá), años 1984-1986.

VOZ (Bogotá), Semanario de Izquierda, años 1982-1986.
VANGUARDIA LIBERAL (Bucaramanga), 1985, jun. Dic.
DIARIO DEL HUILA (Neiva), enero a marzo, 1986.

Revistas

CONSIGNA, Bogotá, Vol. IX, No. 288, noviembre 30, 1985.
COLOMBIA HOY, Informa, año VIII, No. 49, Bogotá.